

Serie Dirty Diana 1

Dirty Diana

SHANA FESTE

JEN BESSER

«Romántica, liberadora y deliciosamente
adictiva.» Demi Moore

 Planeta

JEN BESSER Y SHANA FESTE

DIRTY DIANA

Traducción de Montse Triviño



Título original: *Dirty Diana*

© Jennifer Besser and Quiet Girl Productions, 2024

© por la traducción, Montse Triviño, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-08-30167-7

Depósito legal: B. 3.975-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



De las tres habitaciones de nuestra casa, hay una que rara vez pisamos. Es pequeña y cuadrada, y nunca duerme nadie en ella. También es la única habitación que aún conserva la gruesa moqueta de color crema que pusieron los anteriores propietarios.

Oliver y yo hemos entrado en esa habitación en busca de papel de regalo, solo un poco para envolver la pequeña sirena de plástico que él y nuestra hija, Emmy, han comprado para el cumpleaños de su mejor amiga.

—Os lo habrían envuelto en la tienda —digo. Y, sin poder evitarlo, añado—: Gratis.

Oliver mira hacia el armario repleto de cosas.

—Hemos tenido que salir pitando de allí, antes de que Emmy se llevara algo.

—Oliver —me río—, eso solo pasó una vez. Y ya hace casi un año.

Cuando tenía cinco años, nuestra hija robó un paquete de chicles del supermercado mientras estábamos

en la cola de la caja y luego, en el coche, fingió inocencia mientras intentaba hacer un globo.

—Es una ladrona, Diana. Una cleptómana —afirma Oliver.

Luego sonrío, sale de la habitación y me deja a mí la tarea de buscar el papel.

Al principio, Oliver y yo soñábamos con la idea de convertir esta habitación en un espacio de trabajo para los dos. Es demasiado pequeña para montar un taller en condiciones, pero tiene una luz preciosa por la tarde y podría caber una de esas mesas de dibujo que siempre ha querido. Y yo tendría sitio para un caballete y pinturas.

Cuando nos conocimos, yo tenía veintiséis años y vivía en Dallas con otras siete personas en una casa decrepita, aunque nosotros preferíamos fingir que se trataba de una comuna de artistas. La llamábamos «la Cooperativa», pero era más como una casa de fiestas que nadie limpiaba nunca. Una vez me decidí a pegar una lista de tareas con una columna al lado para que la gente se fuera apuntando, pensando que eso arreglaría las cosas. En lugar de escribir sus propias iniciales, mis compañeros apuntaron a Matthew McConaughey para los lavabos y al fantasma de sir Alec Guinness para la cocina.

En la época más calurosa del verano, alguien dejó carne cruda en el triturador de basura, que estaba estro-

peado, y se llenó todo de larvas, así que empecé a guardar la comida en mi habitación. Algunas tardes me entretenía dibujando la casa y a mis compañeros, más acicalados, pero también un poco grotescos. Envié unos cuantos dibujos a mi amigo Barry, que estaba en Santa Fe, y otros a mi mejor amiga, Alicia, que estudiaba en la escuela de cine de Nueva York. Los firmaba como «Dirty Diana» porque las historias exageradas de mis asquerosas aventuras en la Cooperativa horrorizaban a Barry y hacían reír a Alicia. Ambos me enviaban largas y afectuosas cartas, y una vez Alicia solo me escribió una nota que decía «Parpadea dos veces si quieres que te mande ayuda», pegada a un estropajo limpio.

Una noche me intoxicqué, probablemente con la comida en mi trabajo de camarera, y tuve que esconderme en el baño de abajo de la Cooperativa. Mis compañeros de piso estaban de fiesta, y mientras yo yacía en el frío suelo de baldosas, con la melena rubio oscuro pegada a la cara sudorosa, recé para que los vómitos cesaran mientras los invitados a la fiesta pasaban por encima de mí para ir al baño. Hecha un ovillo al lado de la bañera, me fijé en que tenía los bordes llenos de grafitis pintados con rotulador permanente. Alguien había dibujado un Bart Simpson en monopatín que no estaba nada mal, y alguien más había compuesto un pareado alejandrino: *En la taza tengo metido el culo / y suelto un tremendo zurullo sin disimulo*. Aunque me dolía la cabeza, en ese momento pensé: «La rima bien, pero la métrica

mal». Al día siguiente empecé a buscarme otro sitio para vivir.

Vi cinco estudios, todos con goteras y olores extraños, y luego me dirigí al último de la lista, que estaba en un edificio de estuco gris en una calle tranquila, con una alegre hilera de rosales rosas en la entrada.

Había un tipo sentado junto a la puerta, matando mosquitos tranquilamente.

—¿Señorita Reece?

Dobló el periódico que estaba leyendo en un cuadrado perfecto y luego, mientras se lo metía en el bolsillo del pantalón, se puso en pie. Vestía como alguien mucho mayor, con pantalones de pinzas y una camisa de color verde menta, así que solo cuando me acerqué a él me di cuenta de que debíamos de tener más o menos la misma edad. Tenía el pelo castaño y abundante, los hombros anchos y los ojos de un azul verdoso que me hizo pensar en el aspecto que, en mi imaginación, debía de tener un lago del Medio Oeste en pleno verano: sin olas agitadas, solo agua cálida y brillante.

Me disculpé por haberle hecho esperar.

—Me he equivocado de autobús. Dos veces, en realidad. Me he bajado del autobús equivocado para coger el correcto y me he vuelto a subir al que no era.

Busqué su expresión, sus ojos amables, e imaginé cómo lo dibujaría: la nariz perfectamente recta, el ceño fruncido y un bocadillo de pensamiento sobre la cabeza: «Joder, ¿y esta de dónde ha salido?».

En la vida real, sin embargo, no me estaba observando con mirada crítica, ni siquiera capté la más mínima onda en sus ojos tranquilos como las aguas de un lago. Me aparté el flequillo de la frente y deseé haberme lavado el pelo en lugar de recogérmelo en un improvisado moño en la nuca.

—Y entonces el aire acondicionado del tercer autobús no funcionaba, así que, aunque estaba en el autobús correcto, definitivamente tuve la sensación de que... —Ahí estaba, una arruga pequeña pero bien visible entre las cejas—. Era el autobús correcto —concluí—. Pero parecía el autobús equivocado.

El chico esperó unos instantes, como para dejarme recuperar el aliento.

—Soy Oliver Wood. ¿Has venido a ver el 4B?

—Exacto. Soy Diana.

Nos estrechamos la mano y lo seguí hasta el ascensor. El espacio era tan angosto y estábamos tan juntos que le rocé el bíceps con el hombro e incluso me llegó el olor, suave y limpio, de su loción para después del afeitado. Cuando se cerraron las puertas, se inclinó hacia delante y pulsó tres veces el botón del cuarto piso. No ocurrió nada. Esperamos en silencio y volvió a intentarlo. Seguía sin pasar nada. Eso pareció contrariarlo, así que di un salto y el ascensor cobró vida.

—Gracias —carraspeó—. ¿Hace mucho que vives en Dallas?

—En realidad no. Alrededor de un año.

—¿Vas la universidad?

—No. Pinto. —En el ascensor hacía calor y había demasiado silencio, así que añadí—: Acabo de publicar un libro.

—¿En serio? —Arqueó las cejas, como si se alegrara de verdad por mí—. Pues tendré que comprármelo.

—Es un poco difícil de encontrar. Lo publicó una editorial local muy pequeña.

—Ah.

Su decepción me sorprendió.

—Puedo enviarte un ejemplar, si quieres.

El libro era la razón por la que había aterrizado en Texas, después de que una editora se hubiera mostrado muy entusiasmada con mi trabajo e incluso me hubiera encontrado una habitación en la Cooperativa. Me imaginé lo que podría pasar si sacaba un ejemplar de mi libro en el minúsculo ascensor y aquel educado desconocido y yo hojeábamos juntos mis cuadros, algunos de los cuales representaban a mujeres en diversos estados de anhelo sexual, acompañados de entrevistas que había recopilado sobre sus deseos.

—Mi tía también pinta —dijo Oliver.

—Ah, ¿sí?

—Retratos, sobre todo. De su perro. —Bajó la voz, como si creyera que su tía podía oírlo—. Son un poco aterradores. Pero, ahora que lo pienso, sus perros también son bastante aterradores, así que es posible que mi tía tenga más talento del que creo.

—Tal vez.

Sonreí y noté que relajaba los hombros a mi lado.

Oliver me acompañó hasta la puerta del piso y sacó de su maletín un llavero gigante. Fue probando una llave tras otra, mientras las puntas de las orejas se le ponían cada vez más rojas, hasta que por fin se oyó un clic y suspiró, aliviado.

—Alta seguridad, ¿verdad? Ni el casero puede entrar en su propio piso.

El estudio no era gran cosa: una habitación cuadrada con dos pequeñas ventanas, una que daba al aparcamiento y otra a los rosales. Una pequeña cocina americana con un frigorífico de tamaño medio, un horno eléctrico y un fregadero. Oliver consultó su hoja de papel y dijo:

—¡Todos los electrodomésticos son nuevos!

Y entonces abrió el frigorífico y encontró una botella medio vacía de ketchup, un bote de mayonesa y una Coors Light.

—¡Y mira, kit de bienvenida! —Cuando me reí, pareció aliviado—. Te enseñaría el resto de la casa, pero en realidad solo tienes que darte la vuelta —dijo—. Tampoco es que eso sea tan malo, ¿no? Menos que limpiar.

Recordé el poema escrito con rotulador permanente de la Cooperativa y el suelo pegajoso del baño.

—Me gusta.

—El agua y la basura están incluidas. ¿Te gusta darte baños?

—Sí, me gusta.

—Perfecto. A mí también me gusta darme baños.

—Abrió una puerta justo enfrente de nosotros y palideció al ver el tamaño del baño, en el que apenas cabía un inodoro y mucho menos una bañera—. La verdad es que esto se me da fatal.

—Te aseguro que es el apartamento más bonito que he visto hoy.

—Sí, pero te mereces una bañera.

Aquel comentario tan íntimo nos pilló desprevenidos a los dos y Oliver se sonrojó.

—La cocina es definitivamente la mejor que he visto hoy.

—¿Cocinas?

—Para nada. —Y entonces tuve la impresión de que ninguno de los dos quería que la visita a la casa terminara, así que abrí la nevera y cogí la Coors Light—. Pero el kit de bienvenida sí me gusta.

Sonrió de nuevo, me cogió la botella de cerveza de las manos y la abrió con una de las muchas llaves del llavero. Bebí un trago —estaba fría y deliciosa— y se la devolví, ofreciéndole compartirla.

—Te traería un vaso, pero... —Señalé la cocina vacía—. ¿Te apetece que nos sentemos en mi sofá imaginario?

Sopesó mi invitación —o tal vez a mí— y, mientras lo hacía, me imaginé la onomatopeya estilo manga de «silencio ensordecedor» apareciendo sobre nuestras cabe-

zas. Oliver hizo girar la botella de cerveza en la mano y, luego, señaló con un gesto la pared que debería ocupar un sofá.

—No te hacía muy de cuero rojo cereza, pero la verdad es que el sofá queda muy bien aquí.

Me eché a reír.

—Hace juego con los posavasos de macramé que me tejiste.

Nos sentamos en el suelo y nos fuimos pasando la cerveza. Por la ventana que daba al oeste se colaban los últimos rayos de sol anaranjado, pero ninguno de los dos se levantó para encender la luz y la habitación se fue sumiendo en la penumbra.

Pasé los dedos por la alfombra, perfectamente aspirada.

—Se nota que la acaban de limpiar. Gracias.

Me miró con expresión seria.

—Tengo que ser sincero contigo, yo no soy el agente de la inmobiliaria. Este edificio es de mis padres. Connie, la mujer que normalmente enseña los pisos, ha tenido que ir a recoger a su hijo, así que le he dicho que me encargaría yo.

Me alivió que ambos tuviéramos algo que confesar.

—Si quieres que te diga la verdad, no puedo permitirme este piso. Tengo suficiente para la fianza, pero no puedo adelantar el primer mes de alquiler —reconocí, al tiempo que apoyaba la cabeza en la pared—. Además, tampoco tengo un buen historial crediticio.

Mientras yo hablaba, la mirada de Oliver revoloteaba entre mis ojos y mis labios.

—¿Tienes trabajo? Aparte de pintar, me refiero.

—Soy camarera. En Momo's.

—¿Ese local en plan gánsteres de los años treinta? ¿Ese sitio en el que obligan a las camareras a decir «olvídalo» cada vez que un cliente da las gracias?

—Esa soy yo —respondí, levantando las manos como si me estuvieran atracando a mano armada—. ¿Has estado allí?

Negó con la cabeza.

—Lo he visto en las noticias. El dueño es un agresor sexual, ¿no?

—Mmm —murmuré, en tono pensativo—. Eso explicaría muchas cosas.

—Bueno. —Oliver bajó la mirada hacia su regazo—. A partir de ahora voy a dedicar mi tiempo libre a encontrarte un nuevo trabajo.

—Gracias.

Se inclinó hacia mí, golpeándome suavemente el hombro con el suyo.

—Olvídalo.

Ocho años después, cuando nos mudamos a esta casa de tres dormitorios en nuestro barrio de Dallas, yo ya estaba embarazada de Emmy. Pasamos los meses siguientes preparándonos para el bebé, decidiendo los colores de la

pintura y estrujándonos el cerebro para entender las instrucciones de montaje de los muebles de IKEA. Oliver, que era capaz de fabricar preciosos muebles de madera desde cero, estaba tan confundido como yo.

—Esto no puede estar bien —decía, dando la vuelta a las páginas una y otra vez—. ¿Seguro que no nos falta alguna pieza?

Entonces llegó Emmy, y también las noches en vela y los ataques de ansiedad aplastante, intercalados entre momentos de pura alegría e interminables ciclos de lavado.

Ahora Emmy tiene seis años y esta habitación está llena de cajas de plástico abarrotadas de juguetes para los que ya es demasiado mayor, ropa que ya no le sirve y una enorme colección de muñecas de Madame Alexander que a Emmy le provocan pesadillas, aunque Oliver no se atreve a decírselo a su madre. En todas las cajas pone PARA DONAR, y nos prometemos una y otra vez que el próximo fin de semana nos desharemos de ellas. Ahora, sin embargo, ya se han convertido en una broma recurrente. Por la noche, cuando nos acostamos y uno de los dos tiene sed pero le da pereza moverse, decimos: «Si me traes un vaso de agua, te juro que me llevo las cajas mañana mismo».

Lo que no hay en ninguna de esas cajas es un solo trozo de papel de regalo. Me abro paso entre dos torres de plástico para llegar al armario del fondo de la habitación. Enciendo la luz del techo y examino las estanterías.

Encuentro mantas de repuesto, un colchón de aire desinflado hecho una bola y una vieja caja de aparejos de pesca llena de pinceles. Hay unos cuantos lienzos viejos apilados contra la pared: un óleo de lupinos azules, la flor estatal de Texas, y una escena de playa, ambos pintados en una clase nocturna hace años.

Sigo hurgando en el interior del armario. Detrás de la caja de aparejos de pesca, veo una maltrecha caja roja de zapatos. Ya no me acordaba de que estaba ahí. Está sellada con cinta de pintor, así que busco una espátula y la abro. Dentro hay una vieja minigrabadora y dos filas de minicasetes. Cada una de ellas lleva un nombre de pila: «Jess», «Claudia», «Brynn», «Theresa» y así sucesivamente. Me invade una vieja sensación familiar, como si estuviera logrando algo. Debajo de la caja de zapatos hay una vieja carpeta repleta de bocetos —todos ellos retratos de las mujeres de las cintas—, destinados a convertirse algún día en las ilustraciones de un segundo libro. Los esboqué de forma apresurada en carboncillo grueso: el perfil de una mujer mirando por la ventana, otra mujer reclinada en su silla, con una mano apoyada en la nuca.

Cuando me mudé a Dallas, a la editora con la que había trabajado en mi primer libro le gustaba llevarme a jugar al billar y emborracharse con cerveza *light*. Con los ojos entrecerrados, me hablaba de mi propio libro, como si no lo hubiera escrito yo misma.

—La mezcla perfecta entre crónica y arte —decía, y yo asentía, sin saber qué añadir.

Unas semanas después de la publicación del libro, se trasladó a Michigan y nunca volvió al trabajo. Su ayudante, un joven de voz tranquila, ocupó su lugar, pero era tímido y torpe y no le apetecía que nos viéramos en persona. Le envié algunas ideas para un segundo libro y me dijo que los bocetos eran bonitos, pero demasiado suaves. «Intenta encontrar tu pasión. Búscala de verdad, ¿vale?» El día que Oliver me mostró el piso llevaba meses buscándola a conciencia.

Ahora saco las cintas del armario y me siento en el suelo entre dos cajas, en un espacio lo bastante grande para estirar las piernas delante del cuerpo, pero lo bastante pequeño para sentirme escondida. Echo un vistazo a las cintas, una a una. Todas esas entrevistas que en su día guardé y que nunca he vuelto a escuchar.

Cojo la que lleva la etiqueta «Jess» y la pongo en la grabadora. Doy al *play* y escucho su voz:

Era alto. Como si eso fuera todo lo que necesitaba para tener confianza en sí mismo. Era alto y ya está. ¿Te lo imaginas? Las mujeres tienen que ir siempre hechas un figurín para sentirse un poco bien consigo mismas, y a él lo único que le hacía falta era ser alto. Buena estatura, hombros anchos, y todas las chicas estábamos suspirando en plan «me lo tiraba ahora mismo».

Pero, en realidad, si soy sincera, no me creía capaz de hacerlo. Acostarme con el barman, quiero decir. Nunca había tenido una aventura de una noche. Pero bueno, ahí estaba yo, soltera otra vez —abandonada otra vez, más

bien—, sirviendo cócteles en una ciudad desconocida y creyéndome una tía guay. Era fácil tener confianza en el trabajo, porque el local siempre estaba lleno y todo el mundo estaba desesperado por pedir bebidas, así que, aunque técnicamente mi trabajo era servir a los clientes, tenía una especie de poder sobre ellos. Si un tío era un capullo, lo único que tenía que hacer era ignorarlo toda la noche, y así conseguía que las otras chicas también lo ignoraran. En fin, que a este tío se le daba bien trabajar como barman y flirteaba con todas las camareras del local. Podría haberse acostado con cualquiera de nosotras, incluso con la encargada, y eso que ella tenía novio. Mientras trabajaba, llevando bandeja tras bandeja de bebidas, no dejaba de pensar: «Sí, quiero acostarme con alguien a quien no conozca. Alguien cuyo cuerpo sea una sorpresa total. Quiero no saber lo que voy a sentir ni lo que vendrá después cuando me toque».

Y así, cuando le entregaba los pedidos de mis mesas escribía cosas como «Vodka tonic. Whisky escocés con hielo. Larguémonos de aquí».

Nos pasamos la noche con esa bromita y mis notas fueron subiendo de tono. «Martini con piel de limón. ¿Cómo es tu casa? ¿Te apetece enseñármela?»

Y luego: «Dos Stellas. Margarita con hielo. Sex on the beach... Bah, ese es demasiado obvio». Tonterías, chorradas, pero que nos hacían reír a los dos.

Y entonces ya eran las dos de la madrugada, nuestro turno había terminado y la música había parado. Encen-

dieron las luces del techo y pensé que el juego se había acabado. Pero, mientras limpiaba, me di cuenta de que él seguía mirándome. Tenía los ojos de un azul brillante, y una mirada juguetona incluso con las luces encendidas. Y, en cuanto terminé de cobrar las propinas, noté que me ponía la mano en la parte baja de la espalda, sentí una especie de descarga y pensé: «Tío, lo voy a hacer de verdad».

Cuando me volví hacia él, me cogió de la mano y me llevó a la calle. Estaba lloviendo, pero apareció un taxi como por arte de magia, así que pensé que tenía que ocurrir, que era el destino. Subimos enseguida al asiento de atrás y, en la oscuridad, le metí la mano en los pantalones y él me acarició por debajo de la blusa... No recuerdo su nombre, de verdad que no, pero sí recuerdo la sensación de tener sus manos metidas bajo el sujetador. Las tenía heladas, pero me sentí bien, como si todo mi cuerpo se estuviera despertando. Quería quitarme toda la ropa allí mismo para enseñárselo, para que pudiera tocarme por todas partes. Para que viera lo que sentía. Quería que acariciara cada centímetro de mi cuerpo...

—¿Diana?

Oliver me llama desde el pasillo y doy un respingo. Pulso la tecla *stop* y me meto la grabadora en el bolsillo. Luego pongo la tapa en la caja de cintas y la guardo en la de la ropa de bebé de Emmy. Oliver aparece en el umbral de la puerta.

—¿Ha habido suerte con el papel de regalo?

—Nada —respondo, al tiempo que niego con la cabeza—. Ya compraré cuando salga.

Me da una taza de café y me rodea la cintura con el brazo.

—Gracias.

—De nada.

Me acaricia la nuca con la nariz.

—Hueles bien.

Noto que el cuerpo se me tensa, cuando en realidad debería relajarme. Me atrae a él y mira hacia la puerta.

—Emmy sigue durmiendo como un tronco.

Examino cada parte de mi cuerpo, a la espera de notar la sensación adecuada, pero cualquier deseo de corresponder a su afecto me parece inimaginable. Me aparto y sonrío.

—¿Qué? —pregunta.

—¿Qué quieres decir con «qué»?

—Me estás mirando raro. Fijamente.

—No, no te estoy mirando.

Sí, sí que lo estoy mirando. Más en concreto, estoy mirando el pelo que le asoma por la fosa nasal izquierda. «No te obsesiones con el pelo. Concéntrate en los ojos amables. En la taza de café, en sus manos, en el vapor.»

Oliver se pasa la mano por la barbilla, como si tuviera restos de comida en la cara.

—No, solo tienes... un pelo. —Señalo—. Ahí.

—Mierda —dice, riendo—. Me estoy convirtiendo en mi padre. Usaré el cortapelos que me regalaste, lo

prometo. —Se pasa un dedo por la nariz, tratando de empujar el pelo hacia dentro—. ¿Mejor así?

L'Wren está tocando el claxon en la calle. Tres bocinazos rápidos.

—Ojalá no tuviera que irme —digo mientras me escabullo de entre sus brazos y le doy un beso rápido en la mejilla.

Él echa un vistazo a su alrededor y se fija en todo lo que hay que limpiar.

—¿El próximo fin de semana? —Le sonrío.

—Claro.

Pero no me está mirando a mí, sino las montañas de cosas que ya no necesitamos.